

## 1

El magnífico carruaje blasonado iba dando tumbos a lo largo de la carretera de Shaftesbury, sobre unos surcos que se habían vuelto duros como la piedra a causa de aquella rigurosa helada del mes de noviembre. Repantigado en su interior, con las lustrosas botas sobre el asiento de enfrente, se hallaba un joven caballero de mirada indolente que vestía un traje azul oscuro con encajes plateados. Sus delicados y bronceados rasgos eran de una belleza algo femenina, pero su gusto para la decoración era más bien escaso. Los argénteos calados ribeteaban solamente la parte delantera de su chaquetón y sus únicas joyas eran un zafiro que lucía en la desmayada mano derecha, y un alfiler de perlas y diamantes prendido en el corbatín de nudo flojo. El cabello castaño sin empolvar, aunque caracterizado por irreprimibles ondulaciones, iba contenido en una pulcra cola de caballo sujeta por sendos lazos negros en su parte superior e inferior.

Este peinado era obra de su *valet de chambre*, un hombre de mediana edad que iba sentado muy derecho junto a su amo, estrechando con firmeza un pequeño cofre de joyas en su regazo.

Al producirse un nuevo y chirriante vaivén, lord Cynric Malloren suspiró y decidió alquilar un caballo de montar en la siguiente parada. Tenía que escapar de aquel maldito encierro.

Estar impedido era un verdadero suplicio.

Finalmente había conseguido persuadir a su solícito hermano, el marqués de Rothgar, de que se hallaba en condiciones de viajar, aunque sólo durante el moderado trayecto de dos días que le llevó hasta Dorset para visitar a su hermana mayor y su nuevo retoño. Y, únicamente, en aquel monstruoso vehículo, provisto de mantas de piel para sus piernas y ladrillos calientes para sus pies. Ahora regresaba a casa, del mismo modo que lo haría una frágil abuela a quien le esperarían el cuidado de la familia y los paños calientes.

La orden proferida a gritos resultó meramente un bienvenido alivio, en contraste con todo aquel tedio. Cyn necesitó un segundo para darse cuenta de que estaba siendo asaltado. Su *valet* palideció, se persignó y empezó a murmurar un torrente de oraciones en francés. Los ojos de Cyn perdieron su perezosa caída.

Se incorporó y lanzó una rápida mirada hacia su florete envainado, situado en el asiento de enfrente, pero rechazó la idea. No le pareció muy verosímil que los asaltantes de caminos fueran a batirse con sus víctimas en un combate de esgrima para disputarse el oro. Lo que sí cogió, en cambio, fue la pistola de dos cañones, sacándola de la funda que había junto a su asiento y comprobando con pericia que estaba limpia y tenía cargados los dos conductos.

Era un arma más atroz que una espada, pero, en semejante situación, bastante más eficaz.

El carruaje se detuvo finalmente, quedándose ladeado. Cyn estudió la escena que se apreciaba en el exterior. El corto día estaba ya bien avanzado y los pinos cercanos arrojaban profundas sombras en el fulgor rojizo de la puesta de sol, pero aún pudo ver a los dos bandoleros con toda claridad.

Uno de ellos se hallaba retirado, entre los árboles, cubriendo la estampa con un mosquetón. El otro estaba mucho más cerca, e iba armado con dos elegantes pistolas de duelo cuya montura era de plata. ¿Robadas? El caballo en el que iba montado, que ahora exhalaba vapor, era de buena raza.

Cyn decidió no disparar a nadie por el momento. Aquella aventura le resultaba demasiado vivificante como para acabar con ella tan pronto. Además, tuvo que admitir que, con la menguante luz del anochecer, incluso alguien como él, podía errar el tiro destinado al bandido más lejano.

Los dos pistoleros iban cubiertos por capas negras y sombreros de tres picos. La parte inferior del rostro la llevaban envuelta en sendas bufandas blancas. Si lograban escapar, no sería fácil describirlos. Pero Cyn tenía alma de jugador, aunque raras veces apostara por dinero. Así que decidió dejar rodar aquellos dados.

—Bajen del pescante —ordenó con aspereza el hombre que estaba más cerca.

El cochero y el mozo de cuadra descendieron obedientemente. A una nueva orden, se tumbaron bocabajo sobre la helada hierba del borde de la calzada. El segundo bandolero se acercó para vigilarlos.

Los caballos, carentes de dirección, se revolvieron, haciendo que el carruaje se bamboleara. Jerome gritó alarmado. Cyn extendió una mano para sujetarse pero sin perder de vista a los dos bandidos. Los corceles estarían a esas alturas demasiado cansados para desbocarse. Su apreciación resultó correcta y el coche se quedó nuevamente en calma.

—Ahora los de dentro —gruñó el bandido más próximo, apuntando con ambos cañones en dirección a la puerta—. Fuera. Y sin trucos.

Cyn consideró la posibilidad de dispararle —a esa distancia estaba seguro de poder meterle una bala en el ojo derecho— pero se contuvo. Podía poner en peligro a los otros, y, ni su orgullo ni sus objetos de valor, merecían el sacrificio de una vida inocente.

Depositó la pistola al lado de su espada, abrió la puerta y se apeó. Tras volverse para ayudar a su *valet*, que tenía una pierna mala, abrió con un chasquido su caja de rapé color gris, se retiró hacia atrás el encaje de Mechlin que remataba el puño de su camisa y aspiró un pellizco. Cerrando la caja de golpe, encaró las pistolas del salteador de caminos:

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

El hombre se quedó pasmado al observar esta reacción, pero se sobrepuso:

—Para empezar, puede alcanzarme aquel bonito cofre.

A Cyn le costó trabajo mantener el rostro inmóvil. Tal vez fuera por la conmoción que le había causado su laxa reacción ante el robo, pero el ladrón se había olvidado de controlar la voz. Ahora había sonado como la de alguien joven y de buena familia. Debía ser poco más que un chaval. Cualquier deseo de verlo colgado se esfumó, y su curiosidad iba en aumento.

Abriendo de nuevo la caja, se le aproximó:

—¿Te apetece probar mi mezcla? Es bastante aceptable.

No era su intención arrojar los polvos en la cara del ladrón, pero éste, que no era ningún tonto, retrocedió a lomos del caballo.

—Mantente a distancia. Me quedaré con la caja —incluida su aceptable mezcla— así como con tu dinero, las joyas y otros objetos de valor.

—Desde luego —dijo Cyn, encogiéndose de hombros despreocupadamente. Y tras coger el cofre al que Jerome se aferraba, que contenía sus alfileres, relojes y otras alhajas, colocó en su interior la caja de rapé y después añadió algunas monedas y billetes que se sacó de los bolsillos. Con cierto pesar, se quitó el anillo de zafiro y se soltó el alfiler de perlas y diamantes: tenían un valor sentimental.

—Seguro que necesitas todo esto más que yo, buen hombre. ¿Pongo al arca junto a la carretera? Así podréis cogerla cuando nos hayamos ido.

Se produjo otro aplastante silencio. Y después:

—¡Lo que puedes hacer es tumbarte en el lodo con tus criados!

Cyn levantó las cejas y se sacudió una pelusa de la manga del chaquetón.

—Oh, me parece que no. No tengo ningunas ganas de mancharme de polvo —dijo encarando con calma al hombre—. ¿Vas a matarme por eso?

Vio cómo la mano del bandido se tensaba y se preguntó si, por primera vez, no habría jugado mal sus cartas, pero no hubo disparo. Tras un violento silencio, el joven dijo:

—Pon los objetos de valor dentro del coche y súbete al pescante. Voy a llevarme el coche conmigo y tú vas a ser mi cochero, señor Arrogante.

—Muy original —enunció Cyn con lentitud levantando las cejas—. Pero ¿no crees que resulta un poco difícil traficar con carruajes robados?

—¡Cierra la boca o te la cierro yo!

Cyn tuvo la innegable sensación de que el bandolero estaba perdiendo la paciencia —una reacción que él llevaba toda su vida suscitando.

—Haz lo que yo te diga —ladró el bribón—. Y diles a tus hombres que tarden un rato en ir a buscar ayuda. Si alguien nos da alcance, el primer disparo será para ti.

Cyn se dirigió obedientemente a sus lacayos.

—Llegad hasta Shaftesbury y alojaros en el Crown. Si no tenéis noticias mías durante la jornada de mañana, haced llegar un mensaje a la Abadía y mi hermano se ocupará de vosotros. No os preocupéis por esto. Es sólo un viejo amigo que me gasta una broma y a mí me apetece sumarme a la diversión. —Y, dirigiéndose al cochero, añadió—: Hoskins si la pierna de Jerome no aguanta, tendrás que adelantarte y encontrar algún medio de transporte para él.

Después se volvió hacia el cuatrero:

—¿Tengo permiso para ponerme el gabán y los guantes, señor, o va a ser esto una especie de tortura?

El hombre dudó pero dijo:

—Venga, adelante. Pero no voy a dejar de cubrirte ni un solo instante.

Cyn cogió del coche su amplia capa y se introdujo en ella. A continuación se puso sus guantes negros de cabritilla, mientras pensaba con sarcasmo que se echarían a perder con la conducción. Durante un instante, consideró la posibilidad de coger la pistola, pero después rechazó la idea. Quería seguir adelante con aquella inesperada travesura un rato más.

Protegido de esta guisa contra el aire helado, se subió al pescante y asió los cuatro juegos de riendas con sus competentes manos. Enseguida se familiarizó con las marcas de cada uno de ellos, que servían para identificar a los caballos que iban en cabeza y a los de varas.

—¿Y ahora qué, buen hombre?

El bandolero le lanzó una feroz mirada entrecerrando los ojos.

—Tú eres un tipo raro, seguro. —Como Cyn no contestara, el bandido enganchó su caballo a la parte trasera y, subiéndolo por encima del carruaje, fue a sentarse a su lado—. No sé cuál es tu juego, pero conmigo no te van a valer los trucos. En marcha.

Cyn hizo arrancar a los caballos.

—Sin trucos —prometió—. Pero espero que esa pistola no tenga un gatillo muy sensible. Esta calzada es muy irregular.

Tras unos instantes, la pistola se movió un poco y dejó de apuntarle directamente.

—¿Te sientes más seguro? —se mofó el hombre.

—Infinitamente. ¿A dónde vamos?

—Eso no te importa. Yo te diré cuándo debes girar. De momento, límitate a cerrar el pico.

Cyn obedeció. Percibía la confusa furia que emanaba de su captor y no tenía ningunas ganas de incitarle con sus bur-las a que disparara. En realidad, no deseaba provocar a aquel infeliz en absoluto. Más bien le apetecía besarle en ambas mejillas por romper la monotonía de sus días. Estaba harto de que lo mimaran.

Miró a su alrededor y descubrió que el segundo bandido se había adelantado. Supuso que, aunque aquello era una maniobra arriesgada, habían pensado que la amenaza de una pistola bastaría para mantenerle bajo control.

Bien podía ser así. Se sentía amablemente dispuesto a ello.

Tener a sus hermanos revoloteando en torno a él podía haber resultado tolerable si hubiera resultado herido en acto

de servicio, pero, la causa de su caída había sido una simple fiebre... Y ahora, ninguno de ellos estaba dispuesto a creer que se había recuperado lo suficiente como para reintegrarse a la vida de su regimiento. Se le pasó por la cabeza saltarse a la torera el plan acordado y ordenar a Hoskins que se dirigiera a Londres, donde podría solicitar un médico del ejército. Sin embargo, aquello no tenía ningún sentido, porque, en cuanto Rothgar abriera la boca, seguro que descubrirían que todavía no estaba del todo repuesto.

Del mismo modo que había sido palabra de Rothgar lo que había conseguido que le transportaran de inmediato a la Abadía y le otorgaran los mejores cuidados médicos a lo largo del trayecto, mientras que hombres más valiosos sudaban sus fiebres o morían en los abarrotados hospitales de Plymouth. O lo hacían allá, en las primitivas condiciones existentes en Acadia. Rothgar podía hallarse incluso tras el hecho de que fuera embarcado desde Halifax, para empezar.

Maldito Rothgar con sus mimos.

Nadie en su sano juicio describiría al formidable marqués, el hermano mayor de Cyn, como una gallina clueca, pero, tras la muerte de sus padres, él había acogido a sus hermanos bajo su despótica ala y pobre de aquel que intentara hacerles daño. No se detenía ni ante las fuerzas de la guerra.

Rothgar parecía proteger particularmente a Cyn. En parte, porque era el pequeño de la familia, pero también por aquel aspecto suyo, del que no podía librarse. A pesar de todos los datos que afirmaban lo contrario, la gente seguía viéndole como alguien frágil, incluso su familia, que, desde luego, debería conocerle mejor.

Él era el único de la familia que había heredado de su madre todo el esplendor de su delicada constitución, sus ojos



verde miel, su pelo castaño rojizo y sus exuberantes pestañas. Sus hermanas —en especial su hermana gemela— había preguntado con frecuencia a los cielos por qué tenía que haberse producido un hecho tan injusto.

Cyn se hacía con frecuencia la misma pregunta con el mismo grado de desesperación. Cuando era niño, pensaba que con la edad su aspecto se endurecería, pero a los veinticuatro años, y tras haber luchado en Quebec y Louisbourg, seguía siendo asquerosamente guapo. Para afirmar su virilidad, tenía que batirse en duelo con casi todos los nuevos oficiales del regimiento.

—Métete por ese desvío. —La voz del bandolero sacó bruscamente a Cyn de sus meditaciones. Obedeciendo, hizo que los caballos se introdujeran por aquel estrecho camino, en dirección al sol poniente.

El resplandor le hizo entrecerrar los ojos.

—Espero que no quede mucho —comentó—. Pronto oscurecerá y esta noche hay muy poca luna.

—Ya estamos cerca.

Hacía cada vez más frío y el vapor que exhalaban los caballos parecía el humo de una hoguera. Cyn hizo restallar el látigo para apremiar a los cansados caballos.

El joven cuatrero se repantigó hacia atrás, abriendo las piernas con despreocupada comodidad, como si tratara de transmitir la impresión de tener más edad y ser un endurecido villano. Pero no fue un gesto acertado. La capa le cayó abierta por los lados y la esbeltez de sus piernas, puesta de manifiesto por la posición recostada, reforzó la sospecha de Cyn de que se trataba de un simple mozalbete. Se percató, no obstante, de que la pistola seguía dispuesta y se dijo que eso hablaba a favor del muchacho.

El tipo no era tonto.

Entonces, ¿qué había llevado a aquel joven a emprender una aventura tan temeraria? ¿Un desafío? ¿Deudas de juego que no podía confesar a papá?

Cyn presentía que no corría gran peligro, y su olfato para estas cuestiones estaba muy desarrollado. Desde los dieciocho años, había sido soldado en tiempos de guerra.

Recordó el revuelo que se organizó en su familia cuando se escapó para alistarse. Rothgar no había querido comprarle el grado de oficial, así que se alistó como soldado raso. El marqués lo había traído de vuelta a casa, pero tras numerosas disputas, que hacían estremecerse a cualquier espectador, su hermano se había rendido y le había comprado un alferazgo en un buen regimiento. Cyn nunca se había arrepentido. Necesitaba estímulos excitantes, pero, al contrario de lo que les ocurría a muchos otros vástagos de la aristocracia, el alboroto absurdo no le interesaba lo mas mínimo.

Echó un vistazo a su captor. Tal vez una carrera en el ejército le sentara bien a aquel joven bribón. Un curioso pensamiento le rondó por el fondo de la mente y le hizo recorrer al joven con la mirada. Entonces lo supo con certeza. Contuvo el rictus de sus labios y se concentró en los caballos mientras absorbía la nueva información. A juzgar por la lisura que se apreciaba en la conjunción de sus muslos, el asaltante de Cyn era una mujer.

Empezó a silbar. La situación le parecía prometedora.

—¡Deja de hacer ese maldito ruido!

Cyn obedeció y miró pensativamente a su acompañante. Las mujeres no solían hablar en aquel tono áspero y cortante. Además, la pulcra peluca y el tricornio que llevaba la cria-

tura no dejaban espacio para que pudiera haber mechones de pelo recogidos por debajo. ¿Estaría equivocado?

Como quuien no quiere la cosa, deslizó la vista de nuevo hacia abajo y supo que sus sospechas eran correctas. Ella llevaba unos calzones ajustados que le llegaban hasta la rodilla, y, bajo éstos, no había equipamiento masculino. Además, aunque las piernas de la mujer tenían aspecto esbelto y atlético, los pantalones y las medias con bordados ponían de manifiesto una redondez que era más femenina que otra cosa.

—¿Cuánto queda? —preguntó Cyn, tocando a uno de los guías con el látigo, para salir de aquel tramo particularmente duro—. Este camino es de armas tomar.

—Es aquella cabaña que se ve al fondo. Entra hasta el huerto para esconder el carruaje. Los caballos pueden pastar allí.

Cyn miró hacia la verja, donde había una hondonada tan profunda como una zanja, y se preguntó si aquel carruaje conseguiría pasar. Pero apartó de sí semejantes preocupaciones. Estaba demasiado impaciente por saber cuál sería el siguiente paso de la aventura.

Usando el látigo y la voz, apremió a los cansados corceles para que entraran, manteniéndose con dificultad sobre su asiento mientras el vehículo vibraba al hundirse en el surco y después remontaba el curso del camino. El eje maltratado emitió un chirrido amenazador pero no se partió. Cyn condujo a los caballos al otro lado de los árboles con la sensación de haberlo logrado, preguntándose si la muchacha se daba cuenta de lo hábil que había sido. La pasión que había tenido en sus años escolares por los carruajes estaba dando sus frutos al fin.

—Puede pasar —dijo ella displicentemente.

Empezaba a pensar que su misteriosa dama iba a resultar ser el antídoto para sus males. Todo lo que podía ver de su rostro por encima de la bufanda eran sus duros ojos grises. Supuso que sus labios estarían trazados con la misma dureza.

—¿Qué estás mirando? —le espetó ella.

—Parece razonable que intente quedarme con tus rasgos para poder describirte a las autoridades.

Ella le apuntó con la pistola directamente a la cara.

—Eres un idiota, ¿lo sabes? ¿Qué me iba a impedir dispartarte?

Él le sostuvo la mirada sin perder la calma.

—El juego limpio. ¿Eres de la clase de persona que dispara a un hombre sin ningún motivo?

—Salvar el pellejo podría ser una razón suficiente.

Cyn sonrió.

—Te doy mi palabra de que no haré nada para ayudar a las autoridades a prenderte.

La pistola descendió y ella le miró fijamente.

—¿Quién demonios eres?

—Cyn Malloren. ¿Quién demonios eres tú?

Él se dio cuenta de que ella había estado a punto de caer en la trampa y contestar la verdad, pero se contuvo.

—Puedes llamarme Charles. ¿Qué clase de nombre es Sin?

—C-Y-N. Cynric, de hecho. El nombre de un rey anglosajón.

—He oído hablar de los Malloren... —Se irguió—. Rothgar.

—El marqués es mi hermano —reconoció él—. Pero no lo tengas en cuenta en mi contra.— Adivinó que, en aquellos

momentos, ella deseaba haberlo dejado al borde del camino. A nadie le convenía contrariar a Rothgar.

Ella se recobró enseguida del golpe:

—Te juzgaré por tus propias obras, milord. Te doy mi palabra. Ahora, desengancha los caballos.

Cyn saludó irónicamente:

—A la orden, señor.

Después se apeó, se quitó el gabán y la entallada levita y, remetiéndose el espumoso encaje de los puños para que no le estorbara, se dispuso a trabajar.

El sol se había puesto y había muy poca luz. Un húmedo frío se le metió hasta los huesos a pesar de la dureza de la tarea. La labor le llevó algún tiempo y ella no le ayudó, se limitó a quedarse allí sentada, apuntándole con la pistola. En cierto momento, la mujer dirigió la vista tras él y dijo:

—Vuelve a la casa Verity. Todo está en orden. Enseguida vamos nosotros.

Cyn volvió la vista y vislumbró un pálido vestido que se daba la vuelta para regresar a la cabaña. Hubiera apostado cualquier cosa a que se trataba del otro bandolero. Todo lo relativo a aquella situación le intrigaba.

¿Qué hacían dos mujeres jóvenes, y al parecer de buena cuna, en aquella cabaña?

¿Por qué se habían metido a bandoleras?

Y, en nombre de Dios, ¿qué era lo que pretendían hacer con el carruaje?

Frotó a los caballos con manojos de hierba seca y los cubrió con las mantas que Hoskins tenía preparadas para los descansos.

—Les iría bien beber agua —dijo.

—Hay un arroyo al final del huerto. Lo encontrarán ellos mismos. Coge el botín y vamos a la casa.

Cyn reunió sus prendas, sin molestarse en volver a ponerlas. Entró en el carruaje y cogió el estuche de las alhajas. Consideró seriamente la posibilidad de coger la pistola. Le resultaría grotescamente fácil coger aquella arma de fuego y disparar contra su captor. Mientras la dejaba allí, se preguntaba si más tarde lamentaría su estupidez.

Al cabo de media hora, la respuesta era afirmativa.

Desde la cama de bronce en la que yacía, con las extremidades extendidas y sólidamente atadas a los postes de sus esquinas, miraba furioso a las tres mujeres que revoloteaban por encima de él.

—Cuando consiga soltarme, voy a estrangularos a todas.

—Por eso estás amarrado —dijo la que todavía simulaba ser un hombre—. Si te dejáramos suelto, no tendríamos ni un solo minuto de paz.

—Os he dado mi palabra de que no tenéis nada que temer de mí.

—A fe mía que no lo has hecho. Lo que has dicho es que no nos entregarías a las autoridades. Pero podrías tramar alguna otra fechoría contra mi hermana o mi nodriza, por ejemplo.

Cyn la miró pensativo. «Charles» estaba resultando ser un enigma fascinante. Al entrar en la cabaña se había desprendido de la capa, el sombrero y la bufanda. Al poco rato, se había quitado distraídamente la peluca. Aquello le agradó. A Cyn tampoco le había gustado nunca llevar peluca: prefería tomarse la molestia de arreglarse su propio cabello.

Incluso desprovista de su disfraz, podía pasar por un joven. El traje de terciopelo marrón trenzado le encajaba per-

fectamente y, si éste ocultaba la protuberancia de unos pechos, el volante de encaje de la camisa escondía el hecho de maravilla.

No llevaba la cabeza completamente rapada, sino que su cabello formaba un bruñido casco de color castaño claro, salpicado de oro, con tenues ondulaciones. Era un peinado portentoso para una mujer, pero no resultaba tan atroz como podría suponerse, tal vez porque no se trataba de una dama de rasgos suaves. Su aspecto era el de un atractivo joven.

Tenía la piel delicada, desde luego, lo que le hacía aparentar unos dieciséis años, aunque él suponía que debía estar más cerca de los veinte. Su voz era más bien grave. Sus labios no carecerían de encanto si se relajaran formando una sonrisa, pero ella los mantenía apretados e iracundos. No tenía ni idea de por qué demonios estaba tan enfadada con él.

Sus acompañantes le resultaban igualmente desconcertantes.

Verity, presumiblemente la hermana, tenía el pelo largo, brillante y ondulado, de un color entre dorado y miel. Su boca era suave y femenina. En contraste con Charles, tenía una figura exuberante. Charles debía llevar los pechos vendados, pero la generosa silueta de Verity, que quedaba bien a la vista con un escote bajo y un amplio *fichu*, no podría anularse ni con bandas de hierro. Su indumentaria, no obstante, era más propia de una criada que de una dama de alcurnia.

Verity parecía el epítome de la mujer femenina. Prueba de ello era que estaba mucho más nerviosa y era más amable que su hermana.

—No podemos mantenerlo así indefinidamente —señaló.

—Claro que no, pero, de este modo, no nos causará problemas mientras nos vestimos y nos preparamos para marcharnos.

—Pero la... pero Charles —dijo la nodriza con inquietud—, ya sabes que no te está permitido salir.

Esta mujer era mayor, muy mayor. De figura menuda y encorvada. Tenía gafas de media luna y el pelo suave y plateado. Ella había sido la perdición de Cyn. Cuando Charles le ordenó que fuera a la cama para que lo ataran, él se había negado. La anciana, sin embargo, obedeció la orden de llevarlo hasta allí y él había tenido tanto miedo de romper sus huesos de pájaro que terminó por no oponer resistencia.

Cyn se dio cuenta del desliz. La anciana casi había llamado a la joven lady algo. De alta cuna, pues. A pesar de que la una estuviera plausiblemente vestida de hombre y la otra de criada.

—Me importa un rábano si me está permitido salir o no —dijo lady Charles—. Hasta ahora no he tenido motivo para ir a ningún sitio y sí muy buenas razones para esconderme. Ahora todo ha cambiado. Supongo que volveré a su debido tiempo. ¿A qué otro sitio podría ir?

—Te quedarás con Nathaniel y conmigo —dijo Verity.

—Tal vez —dijo Charles, suavizando el gesto—. Pero él va a tener bastante trabajo ocupándose de ti y de William, querida. —Desde el piso de arriba llegó un sonido quejumbroso—. Ya está otra vez. Es una pequeña bestia hambrienta, ¿a que sí?

Verity se apresuró a subir por un tramo de estrechas escaleras mientras Cyn encajaba el hecho de que uno de sus asaltantes era madre y, según parecía, desde hacía poco. Así se explicaba la excesiva exuberancia de su figura. La incomo-



didad y el fastidio dieron paso nuevamente a la fascinación. Ya se veía a sí mismo contando aquella historia a sus compañeros oficiales. Durante los acantonamientos invernales, siempre era de agradecer un buen relato.

La mujer más mayor desapareció en el interior de la cocina, la única otra habitación de la planta baja. Cyn supuso que había otra estancia bajo el alero del tejado, en la que debían dormir las hermanas y el bebé. El dormitorio de la anciana, que era donde se encontraba él, estaba siendo usado como saloncito provisional a la vez que contenía diversos bultos, cajas y baúles.

¿Por qué estaban allí las hermanas, y por qué a Charles no le estaba permitido marcharse?

La chica estaba buscando algo en un arca, ignorándole por completo.

—¿Vais a darme de comer? —preguntó Cyn.

—Más tarde.

—¿Qué es lo que os proponéis hacer conmigo?

Ella se puso en pie y se acercó a la cama. Apoyó el pie sobre el armazón de ésta y dejó descansar el codo sobre la rodilla. Él tuvo la indudable sensación de que estaba disfrutando de su situación de poder.

—A lo mejor simplemente te dejamos aquí así.

Él enfrentó aquellos enfadados ojos grises:

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

—No he intentado lastimaros. Hice lo que pude para asegurarme de que mi gente no daba la voz de alarma.

—¿Por qué hiciste eso?

Cyn estaba sorprendido de lo mucho que ella desconfiaba de él. Seguramente le tenía miedo. Eso explicaría que lo

hubieran atado de aquella guisa. No por crueldad sino por miedo. Con aquella apariencia engañosamente delicada, Cyn no estaba acostumbrado a que las mujeres se comportaran de forma tan cautelosa con él.

Eligió las palabras con cuidado.

—Me pareció que no erais malvados, que no ibais a hacerme daño. No me gustaría veros en la horca. De hecho, quisiera ayudaros.

Ella bajó el pie y dio un significativo paso hacia atrás.

—¿Por qué?

—Sospecho que tenéis una razón muy buena para vuestros actos, y yo hace tiempo que espero una aventura.

Aquello pareció exasperar sobremanera a la chica.

—Hace tiempo que deberías estar en un sanatorio mental.

—No lo creo. Simplemente tengo un bajo nivel de tolerancia al tedio.

—El tedio tiene sus encantos, créeme.

—Aún no he sido capaz de descubrirlos.

—Entonces, considérate afortunado.

Por primera vez, él se preguntó si no se hallaría ella en algún apuro serio. Hasta ahora había pensado que tal vez se tratara de una travesura de niñas, pero no le parecía verosímil que aquella formidable joven fuera a ponerse tan solemne por un asunto trivial.

—Estáis en peligro, ¿no es cierto? —dijo Cyn.

Ella abrió desmedidamente los ojos, pero no dijo nada.

—Razón de más para confiar en mí y dejar que os ayude.

Ella levantó con decisión la barbilla.

—No me fío —y después de contener el aliento añadió—: ... de la gente.

Él sabía que había estado a punto de decir, no me fío de los hombres.

—Puedes fiarte de mí.

Ella soltó una amarga y breve carcajada

Antes de responder, él esperó a captar su escondida mirada.

—Hay una pistola cargada en el asiento del carruaje. No la usé al principio porque tu hermana estaba cubriendo a mis hombres. No la usé cuando recogí tu botín porque no quise. Soy un tirador excelente. Podía haberte desarmado, lisiado o matado si se me hubiera antojado.

Ella le miró ceñuda, giró sobre sus talones y se marchó. Cyn oyó el golpe de la puerta de la calle y supo que ella había ido a comprobarlo.

Unos minutos más tarde, la anciana entró de puntillas en la estancia con una taza provista con una cánula.

—Estoy segura de que le apetece beber algo milord —le dijo y empezó a administrarle con cuidado una taza de té dulce y sorprendentemente fuerte. No era como el que él estaba acostumbrado a beber, pero, de todos modos, lo agradeció.

Cuando terminó, la mujer le secó con un paño blanco las gotas que le habían caído.

—No tiene que preocuparse —le dijo, dándole una palmadita en una de sus manos atadas—. Nadie va a hacerle daño. Ch... Charles está un poco inquieto últimamente. —Sacudió la cabeza y la sombra de una genuina ansiedad cubrió sus ojos—. Todo ha sido bastante terrible...

Una vez más, Cyn tuvo la cierta sensación de que lo que se traían entre manos no eran asuntos de poca monta.

—¿Cómo debo llamarla? —preguntó.

—Oh, soy simplemente Nana. Así es como todos me llaman, de modo que usted también puede hacerlo. ¿Le duelen las manos? Espero no haberle atado demasiado prieto.

—No —le aseguró él, aunque sentía punzadas en las manos, como si las tuviera llenas de agujas. No quería que Charles volviera y lo encontrara suelto, no fuera a ser que sospechara que él había querido alejarla de la casa. Trató de conseguir un poco más de información.

—¿Y cómo tengo que llamar a la señorita Verity?

—Oh —dijo la anciana, que evidentemente no era tonta—, Verity puede servir, ¿no? Debe excusarme, milord. Tengo la comida en el fuego.

Chastity Ware atravesó deprisa el huerto en penumbra hasta llegar a la sombría silueta del carruaje. Se había detenido en la cocina para coger las pistolas de duelo y el mosquetón. Ya tendría que haberlas devuelto, junto con los caballos. Pero su principal propósito, así lo reconoció, era comprobar las palabras del prisionero.

En su mente bullían oscuros pensamientos. ¿Qué es lo que le había arrastrado a secuestrar a Cyn Malloren?

Lo de quedarse con el coche había tenido sentido, aunque fue fruto de una inspiración repentina. Verity y el bebé viajarían mucho mejor en un vehículo privado que en la diligencia.

Lo de hacer que él lo condujera también había tenido sentido. No había querido distraer su atención de los hombres durante el tiempo que hubiera necesitado para conducirlo ella misma. No tenía mucha fe en la capacidad de Verity para disparar contra nadie, cualquiera que fuese la circunstancia.

Pero, incluso habiéndole hecho conducir un trecho, podía haberlo abandonado en algún lugar desierto. Ella ya había conducido una calesa. Seguramente, conducir un carruaje de cuatro caballos no era muy diferente.

Lo que menos les hacía falta era un truhán.

De hecho, lo que la había exasperado había sido su insufrible arrogancia masculina.

Se había quedado allí plantado, con su traje azul de ribetes plateados y floridos encajes —demasiado bello para ser decente— y sin asustarse de sus pistolas. Cuando le ofreciera una pizca de su rapé, ella había querido desbaratar su amor propio, viéndolo tumbado en el barro. Sin embargo, como él había adivinado, ella no había sido capaz de dispararle por aquel motivo. Después, él había dado la vuelta a la situación con aquellas amables palabras que había dirigido a sus criados. De funcionar, aquello demoraría la persecución, o puede que incluso la evitara.

Se preguntaba cuál sería su juego, pero al menos ahora resultaría inofensivo durante un tiempo. ¡Cómo detestaba él aquello! Ella sonrió para sus adentros, inflexible, mientras abría la puerta del carruaje.

El interior del vehículo se hallaba a oscuras y Chastity tuvo que buscar el arma a tientas, pero la encontró. Allí estaba, tal y como él había dicho. Sacó la pistola al exterior y, a la incierta luz del cuarto de luna, verificó que estaba cebada y que tenía los dos cañones cargados. Había sido una presunción por su parte decir que podía haberla desarmado, herido o matado —ella también estaba armada—, pero reconoció que había tenido una oportunidad que no había querido aprovechar.

Lo que la hizo estremecerse fue pensar en lo descuidada que había sido al ofrecérsela. La desesperación le hizo cerrar los

ojos. Tal vez no estuviera a la altura de la tarea que se había impuesto a sí misma: poner a salvo a su hermana y a su sobrino.

Hacía tan sólo un día que había llegado Verity, aunque sus problemas habían empezado algún tiempo antes. Su esposo, sir William Vernham, un hombre de mediana edad, había muerto hacía casi dos meses, pocos días después del nacimiento de su hijo. Este hecho había desencadenado una batalla por la custodia del niño entre el tío de la criatura, Henry Vernham, y su abuelo —el padre de Verity y Chastity, el conde de Walgrave.

Henry había ganado la primera escaramuza legal y había llegado a Vernham Park para hacerse cargo de todo. Verity enseguida temió por su hijo, puesto que aquella pequeña vida era lo único que se interponía entre Henry y sus aspiraciones: heredar el título y la fortuna. Su temor se había acrecentado cuando Henry trató de mantenerla apartada de su familia y sus amigos. Entonces había resuelto huir con el bebé y llegar hasta allí.

Ahora tenía miedo de Henry, pero no quería buscar la protección de su padre. Lord Walgrave sin duda la mantendría a salvo, pero planificaría de inmediato otro matrimonio pensando en su propia conveniencia. Habiendo tenido que soportar la desdicha de vivir con sir William, Verity había decidido que su próximo marido sería su amor de la infancia, el mayor Nathaniel Frazer. Chastity había decidido ayudar a su hermana a alcanzar este fin.

La dificultad estribaba en que las dos hermanas no tenían apenas dinero y en que Verity era ya objeto de una intensa persecución.

Henry Vernham había visitado la cabaña hacía un par de días para interrogar a Chastity y a Nana; Chastity había te-

nido el tiempo justo de ataviarse con indumentaria femenina. No les había costado mucho convencerle de que no tenían ni idea del paradero de Verity, porque ésta todavía no había llegado. Su ansiedad y su azoramiento habían sido auténticos.

Chastity apretó los puños al recordar aquella confrontación con Henry Vernham, porque éste no era únicamente el verdugo de su hermana, sino también el hombre que había destrozado su propia vida y había hecho que acabara allí, con la cabeza rapada y vestida de hombre. Se había negado a hablar con él, de lo contrario podía haberse dejado llevar por el impulso de sacarle las tripas, pero el comentario final que aquél le había lanzado casi le hizo olvidar su decisión.

—Estoy seguro de que lamenta haber rechazado mi oferta de matrimonio, lady Chastity, pero ya es tarde para pensar en eso. Ahora se ha convertido usted en una indeseable.

Una ardiente rabia se apoderó de ella en aquellos momentos; de haber tenido una pistola, le habría disparado. Sin embargo, cuando llegó Verity y le contó su historia, la ira de Chastity se enfrió y se canalizó hacia un objetivo. Vernham no iba a arruinar también la vida de Verity.

No había habido tiempo de hacer planes minuciosos ni de pensar las cosas detenidamente, puesto que él podía regresar en cualquier momento. Pero lo que sí habían tenido claro era que necesitaban dinero para sobrevivir y que tendrían que robarlo. Aquella última maniobra de coger el coche había sido una decisión impulsiva. Ahora se daba cuenta de que podían pagarlo con sus vidas.

Maldito Cyn Malloren. ¿Por qué no podía haber sido el mercader gordo y timorato que esperaran ellas?

Ahora, al mirar el florido y reluciente blasón de los Malloren en la puerta del carruaje, murmuró algunos deseos funestos en relación con el destino de su propietario. Después, hizo una mueca y arrancó una piedra del muro del huerto. Se sintió muy satisfecha al utilizarla para raspar la pintura y el oropel de ambas puertas hasta hacerlos desaparecer.

Cuando hubo terminado, sin embargo, la satisfacción la abandonó y arrojó la piedra lejos de sí. Deshacerse del escudo de armas había sido lo correcto —al día siguiente todo el país podía estar buscando el carruaje de los Malloren,—pero sus sentimientos eran confusos e impropios. Apoyó la cabeza contra el vehículo, tratando de contener las lágrimas y maldiciendo en silencio a los hombres que habían sido la causa de su amargura.

Su padre, su hermano y Henry Vernham.

En la callada oscuridad de la noche campestre, dejó escapar una imprecación:

—¡Que los abismos del infierno se lleven a todos los hombres!

Pero enseguida recuperó el control de sí misma. Iba a necesitar tener la cabeza bien fría y estar vigilante para poder abatirlos a todos.

Se aseguró de que la pistola tenía puesto el seguro y la metió en el bolsillo de su abrigo. Pensó en tomar el florete, pero lo dejó allí.

Llevándose con ella los caballos de montar, caminó hacia su verdadero hogar, Walgrave Towers. La gran mansión estaba a oscuras, porque ninguno de sus familiares se hallaba en ella. Su padre y su hermano mayor pasaban la mayor parte del tiempo en Londres y, ahora, seguramente se halla-



rían persiguiendo a Verity; su hermano pequeño, Victor, estaba en el colegio. Dejó los animales en los establos y se coló en el interior por una puerta lateral.

Dentro reinaba el silencio, exceptuando el tictac de los relojes en las habitaciones desiertas, pero, para Chastity, en aquel lugar se escuchaban las resonancias de recuerdos amargos y dolorosos. Recuerdos recientes. Cuando era niña no había sido desdichada allí. Su padre estaba ausente la mayor parte del tiempo y su tímida madre nunca había ocasionado ningún problema. Pero allí era donde su padre la había llevado hacía pocos meses. Allí era donde había tratado de obligarla a casarse con Henry Vernham.

Chastity se dirigió a oscuras hacia la habitación de las armas y, una vez allí, usó yesca y pedernal para encender una vela. Descargó y limpió las pistolas de duelo y las devolvió a su estuche con forro de terciopelo. Su hermano mayor se saldría de sus casillas si cayera en la cuenta de que la condescendiente educación que le había proporcionado era lo que le había permitido trazarse aquel plan. Las manos de Chastity se quedaron paralizadas al recordar la última vez que había visto a Fort, su rabia, las duras y crueles palabras que le dirigiera...

Tras tensar el gesto, continuó con su trabajo: limpió el mosquetón y lo colocó en su estante. No hacía falta que fuera especialmente sigilosa. Los criados sabían, sin duda, que estaba allí y lo que estaba haciendo, pero preferían hacer la vista gorda. A ella le gustaba pensar que era porque le tenían cierto cariño. Bajo un punto de vista cínico, suponía que no querían verse envueltos en aquella cruel batalla entre sus superiores.

La atmósfera de la casa la oprimía y sintió la necesidad de escapar. Apagó la vela de un soplado y recorrió apresura-

damente oscuros y fríos pasillos hasta llegar a la puerta de la torre oeste y salir a respirar el aire fresco y la libertad del exterior. Caminó a grandes zancadas de vuelta a la cabaña, usando deliberadamente aquel andar masculino tan logrado.

Tenía que regresar lo más pronto posible, antes de que su hermana y su nodriza, tan compasivas ellas, hicieran el tonto con aquella hermosa víbora de dulce aspecto que habían atrapado.